

NÚMERO EN HOMENAJE A WALTER ANTILLÓN MONTEALEGRE, PROFESOR EMÉRITO DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

La Comisión de la Maestría en Ciencias Penales y el Consejo Editorial de la Revista de la misma, han decidido dedicarle este número al profesor Walter Antillón Montealegre, con ocasión del cumplimiento de sus 80 años. Lo anterior como un reconocimiento a su trayectoria académica y en agradecimiento de sus enseñanzas, como profesor y como investigador, lo mismo que a su compromiso social.

Nació en 1932 en San José y se graduó en la Universidad de Costa Rica en 1961. Hizo estudios de posgrado en la Universidad de Roma (Italia) y en el Instituto de Derecho Tributario de la OEA, con sede en Buenos Aires (Argentina).

Durante 16 años laboró para el Poder Judicial costarricense, en donde fungió en diversos puestos, tales como escribiente, alcalde, actuario judicial, juez, juez superior y Magistrado Suplente de la Corte Suprema de Justicia.

La contribución fundamental de don Walter ha sido en la docencia, habiendo estado ligado a diversas Universidades costarricenses (ULACIT, la Salle) y centroamericanas (Universidad Centroamericana de Nicaragua). Debe destacarse en particular la labor que desempeñó en la Universidad de Costa Rica, no solamente en la Facultad de Derecho de la misma, sino también en otras Facultades, por ejemplo la de Ciencias Políticas, de la que fue uno de sus fundadores. En el año 1976 fue designado como Catedrático de la Universidad de Costa Rica. Fue Vicedecano de la Facultad de Derecho e impulsó el plan de becas al exterior. Es Profesor Emérito de la Facultad de Derecho. Es miembro fundador de la Cátedra Alessandro Baratta, con la que la Maestría en Ciencias Penales ha contribuido en la organización del Seminario anual que lleva a cabo, habiendo sido una fuente crítica del sistema penal costarricense y latinoamericano. Como reconocimiento a su valía académica en el primer semestre de 2012 impartió la lección inaugural de la Universidad de Costa Rica. Ese día el Rector de dicha Universidad Prof. Dr. Henning Jensen resaltó su compromiso social con la esfera

pública, su militancia política, la lucidez de su pensamiento y su interés por la justicia y equidad de los sectores socialmente desfavorecidos.

Se trata de uno de los juristas costarricenses más reconocidos internacionalmente. Amigo personal de grandes juristas Muchos de ellos participaron publicando en el libro en Homenaje que se le hizo a Walter Antillón en 2004.

Entre los aspectos que hay que resaltar es la gran participación que tenido en defensa de sus ideales políticos, por ejemplo a través de su participación en el Grupo Soberanía, lo mismo que sus luchas sociales, debiendo destacarse su participación en el movimiento en contra del Tratado de Libre Comercio, en donde tuvo una intervención muy activa, impartiendo conferencias y publicando artículos y libros. Debe destacarse al respecto su libro “TLC: un ataque a los derechos del pueblo”. En su momento, luego del triunfo de la Revolución Sandinista emigró a Nicaragua, a luchar por los ideales de dicha revolución, permaneciendo varios años allá, dirigiendo el proyecto de Transformación de la Justicia.

Tiene numerosas publicaciones. En particular debe destacarse sus libros “Teoría del Proceso Jurisdiccional” y “Ensayos de Derecho Procesal”. Arriba se mencionó su libro “TLC: un ataque a los derechos del pueblo”. Recientemente publicó un libro sobre el “Proceso penal”. Tiene diversas traducciones, dentro de la que sobresale su traducción del libro de Angelo Falzea Eficacia jurídica, que ha servido de libro de texto durante generaciones en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica.

La Maestría en Ciencias Penales el 22 de noviembre de 2012 le rindió un homenaje a Walter Antillón. Es importante transcribir las palabras que dio el Magistrado Msc. José Manuel Arroyo Gutiérrez, profesor de la Maestría en Ciencias Penales y Presidente de la Sala Tercera de la Corte Suprema de Justicia en dicho acto:

“Para el día 2 de diciembre de 1932, Costa Rica contaba con algo más de medio millón de habitantes, ejercía la Presidencia de la República el más grande de los liberales, don Ricardo Jiménez Oreamuno, en su tercer y último período constitucional. Los peores efectos de la gran

depresión económica del 29 se hacían sentir aquí precisamente en el período 1932-1933. La pobreza y la incertidumbre azolaban la Costa Rica de entonces, con un dólar a 4.50 colones y un intercambio comercial que seguía siendo mayoritario con Inglaterra y en segundo lugar con los Estados Unidos de América y Alemania.

Los principales encabezados de los diarios de ese día daban cuenta de aguaceros torrenciales y de un riguroso temporal que tenía incomunicados a las zonas costeras; se debatía acaloradamente la posible reforma a una Ley de Control de Cambio monetario y había propaganda partidaria para unas elecciones municipales en San José. En el ámbito centroamericano se destacaba que **“Los rebeldes hondureños fueron derrotados ayer en El Sauce por fuerzas del Gobierno”** y se comentaban las secuelas de la más grande matanza de campesinos en El Salvador a manos del tirano de turno; en forma destacada se anotaba que : **“Sandino está dispuesto a continuar la lucha en Nicaragua”**. En el plano internacional se apuntaban titulares como **“se Convoca a la Asamblea de la Liga de Naciones a sesiones extraordinarias”** y un tal **“Adolf Hitler pide nuevamente la Cancillería al Presidente Hindenburg”**; por otra parte, se pretendía una reunión de desarme a la que se esperaba acudiera Alemania, que, por cierto, ensayaba un nuevo gabinete de los muchos que se conformaron por aquél tiempo crítico; además **“Japoneses lanzan ofensiva contra 40 mil rebeldes en el Norte de Manchuria”**, y **“Congreso de Washington y la marcha de hambre que organizan los desocupados”**, se evidenciaba en la nueva capital imperial. Después de leer la Tribuna, La Prensa Libre o el Diario de Costa Rica de aquél inundado día, ¡dan ganas de compadecerse por el recién nacido! Sin embargo, no todo estaba nublado en la lejana comarca intermontana que debió ser San José de Costa Rica por entonces. El Partido Comunista había sido fundado un año antes y su partida de nacimiento se iba a confirmar con la gran huelga bananera tres años

después; el país empezó a hervir en movilización social y luchas reivindicadoras de los sectores populares hasta consolidar las grandes reformas de los cuarentas, el movimiento armado de Liberación Nacional y la fundación de la segunda República. Si es cierto, como dicen, que durante toda nuestra vida llevamos muy dentro el niño que fuimos, no es de extrañar que aquél infante introyectara que los pueblos son capaces, según las circunstancias, de liderar importantes transformaciones sociales. Pero la prensa de aquél 2 de diciembre de 1932 también daba cuenta de cosas más cotidianas y entretenidas, veamos algunos ejemplos: **“Tren de excursión a Puntarenas, Diciembre, aproveche el verano; Ida; sábado 3 a las 3 de la tarde; Regreso: Domingo 4 a las 6 de la tarde. El Domingo en la mañana llegará a Puntarenas la motonave Santa Rosa de 17 mil toneladas, vapor-palacio recientemente construido, vaya, conózcalo, bailes preciosos en los baños del puerto con una Magnífica orquesta; viaje redondo San José a Puntarenas y regreso 7.50 colones.”** O bien, algo que pudo alimentar y ayudar a explicar la robustez de aquel recién llegado: **“Otras seis onzas en esta semana. La leche de vaca modificada y hecha digerible con la cebada Robinson, es por excelencia lo mejor para alternar con el pecho. La cebada Robinson hace tan asimilable la leche que el más tierno niño podrá nutrirse bien. Cebada “patent” de Robinsson”. Uno más para que don Walter reconozca al pariente: “Laboratorio Pasteur. El único frente al Parque Central. Análisis de orina, heces, pus, estupos, sangre y recuentos globulares. Francisco Antillón C. Microbiólogo.”** Y en fin, no me voy a referir a los anunciantes de pastillas milagrosas para combatir enfermedades venéreas, alergias, plagas y otras calamidades de época. Con gran despliegue, eso sí, se anunciaban, por último, peleas de boxeo (lo que puede explicar también la vocación juvenil de nuestro homenajado), la promesa de un encuentro entre la Liga Deportiva Alajuelense y la Selección de

Argentina (“los maestros”, se titulaba desde entonces); se invitaba a la puesta en escena de la ópera “Rigoletto” de Verdi en el Teatro Raventós a cargo de un grupo artístico naturalmente italiano; y películas en los teatros (todavía no se les llamaba cines) anunciadas como “películas parlantes con subtítulos en español”, ya casi todas hollywoodenses en el Variedades, el América y el Adela.

(Pues bien, punto y aparte).

Si algo puede decirse de este notable ciudadano es que ha sido hijo de un largo y convulso momento histórico, donde los costarricenses debatieron, se enfrentaron y se pusieron de acuerdo, finalmente, en un régimen social, político y jurídico, cuyo resultado más sobresaliente fue el de brindar oportunidades de progreso y ascenso social a muchas más personas de las que nunca antes habían disfrutado de esas oportunidades. La juventud de nuestro amigo y maestro conoció una época que le permitió soñar y hacer realidad esos sueños a importantes mayorías. Fue, en sentido estricto, la concreción de un proyecto político en que se refundó la República, sobre los hombros de mujeres y hombres que supieron dar la pelea por derechos esenciales y dignidades imprescindibles. En todo este largo trayecto ha habido vencedores y vencidos, pero en lo esencial, también los ticos supieron pactar y reconciliarse en una convivencia que, a fuer de sincerarnos, ha sido más o menos pacífica, más o menos democrática, y más o menos justa, cuyo valor se agiganta, eso sí, cuando volvemos a ver el entorno más cercano, el de una Centroamérica a la que no le fue tan bien como a nosotros.

Una Centroamérica marcada por la violencia, la discriminación y la dictadura que nos hacen poner en perspectiva y valorar las condiciones en que los hijos e hijas de esta Patria pudieron conocer y hacer suyos para siempre principios de convivencia que nunca más nada ni nadie

nos podrá arrebatarse. Todavía hoy, eminentes figuras de la economía mundial como Amartia Sen, Premio Nobel, señala que para salir del subdesarrollo en los países pobres del orbe, debería hacerse lo que la pequeña y remota Costa Rica hizo en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado.

Justicia/Injusticia es el binomio, la impronta que marca la trayectoria de don Walter. Ya hace una década, cuando celebramos sus 70 años, me permití hacer una reflexión acerca del perfil quijotesco de nuestro amigo. No quisiera volver sobre lo mismo porque, en efecto, si algún costarricense cumple con la esencia del inmortal personaje de Cervantes, es precisamente Walter Antillón Montealegre. Permítaseme nada más agregar que, como bien lo apunta don Miguel de Unamuno, quizá el crítico cervantino más agudo, hay una verdadera religión española, heredada al mundo hispanoamericano, que es precisamente el quijotismo, cuyo primer mandamiento es la búsqueda de la Justicia, la indignación y furia frente a toda forma de injusticia, la misma que obliga a salir por los caminos del mundo a deshacer entuertos, auxiliar viudas y niños menesterosos, a liberar presos y a combatir a muerte a todos los malhechores y malandrines abusadores de su poder.

Porque, y aquí entro en algunos rasgos de personalidad de nuestro homenajeado, como bien nos lo recuerda Frank Hinkelammert, ese sabio silencioso que habita entre nosotros, no se trata de actuar en nuestra vida con la perspectiva de alcanzar el éxito; actuamos porque tenemos que hacerlo, porque nos sale de las entrañas. Cuando media el cálculo en las acciones emprendidas, lo que finalmente obtenemos es confusión y extravío. Se trata de actuar porque en conciencia debemos hacerlo, a pesar de los propios fantasmas y las fortalezas reales de quienes se nos oponen. Precisamente, como lo ha hecho, por 80 años, el amigo que hoy agasajamos. En esa línea de conducta el éxito, el auténtico y esencial de una vida, terminará llegando de las maneras más sorprendentes e imprevistas, “por añadidura” según la

advertencia bíblica. No se trata de ganar, sino de dar la pelea; no de coincidir siempre con la mayoría, sino de trabajar por alcanzarla; no se trata de perder la esperanza y volvernos cínicos; se trata de emprender el viaje, aunque nunca lleguemos a la Ítaca añorada. Creo que ese ha sido el ejemplo que por ocho décadas nos ha dado Walter Antillón Montealegre.

Porque, además, hay a propósito de nuestro personaje, hay que retomar otra vieja idea. Esta vez de otro sabio universal. Zigmunt Bauman, que podría ser el hermano mayor de don Walter, y que nos advierte que ante este mundo ahogado por el consumismo, el libre mercado y la competitividad (que da a luz las mejores mercancías y lo peor de los seres humanos), digo, nos recuerda Bauman que el acto ético se fundamenta más en la duda, la crítica y la incertidumbre, finalmente también en la esperanza, que en la acción regida por la verdad anquilosada, el dogma inconvencible y la prepotencia de las certezas, precisamente porque el acto ético nacido de la primera actitud dubitativa nos permite reflexionar, pensar dos veces antes de actuar y a la postre equivocarnos menos, que es a lo sumo, a lo que podemos aspirar en medio de esta condición humana. Y creo que mucho de esto podemos vislumbrar en la biografía que hoy celebramos, porque el agnosticismo de don Walter lo ha librado de caer en la tentación de las verdades absolutas, defendiendo sí, desde el sereno sitio de quien conoce la diferencia entre las esencias y las apariencias, el valor y la dignidad de las personas y de los pueblos.

*Porque el legado del, esta vez, Profesor Antillón, está en su palabra y, al decir de Nietzsche **“las más grandes ideas son los más grandes acontecimientos”**, y ha sido en ese ideario, traducido en miles de horas frente a sus estudiantes y en sus múltiples escritos vertidos sobre temas relevantes y oportunos donde radica el más importante legado del maestro. Austero, como aconseja la sabiduría, se ha pronunciado “sobre lo que” y “en el momento en que”, ha sido necesario y fructífero.*

Sus aportes a la teoría jurídica, sobre todo lo que ha hecho en teoría del proceso y su vinculación al hecho cultural en el que está inserto, así como sus artículos dirigidos en los últimos años a advertir, desde la teoría política, el peligro en que se encuentra la República que languidece y agoniza, han sido, como en estos momentos lo hemos podido corroborar, bocanadas de aliento para quienes no queremos que eso ocurra.

*Un último tema quisiera ligar a la personalidad de quien hoy homenajeamos. Desde antiguo, la filosofía política supo distinguir entre el concepto de “potestas” y el de “auctoritas”. La primera, si bien puede estar revestida de juridicidad, es ciertamente formal y si se quiere vacía. Desde ella se ejercen cargos y hasta dignidades que, por sí mismas, no dicen ni representan absolutamente nada. La “auctoritas” es la autoridad que deriva del ejercicio de poderes, potestades y autoridades, que gozan del pleno reconocimiento de los otros, más allá de los nombramientos, los cargos y los poderes que se ejerzan en la práctica. Es la autoridad que se reconoce a quien, sea desde la función pública o la llanura ciudadana, es oído y atendido por sus conciudadanos por el valor sustancial y el peso intelectual y moral de lo que dice y hace. Es esta “auctoritas” la que acompaña al amigo y maestro, como un atesorado capital que no corre riesgos especulativos, que se acrecienta cada día y lo trascenderá, y que nada ni nadie podrá arrebatarse. Resulta inevitable en el clima de estos días (y no me refiero a los vientos alicios que ya corren) el recordatorio y última lección que nos ha dictado el Profesor Antillón, acerca de la “**summa injuria**” que hemos padecido en estos días. Tengamos claro que estas lecciones habrán de tener peso en la forma en que finalmente el conflicto que vivimos sea resuelto y recordemos, una vez más, que la injusticia y del abuso de poder no pueden nunca ser derecho.*

Ochenta años después, el mundo sufre las consecuencias de otra gran depresión en la economía mundial, el lobo bélico asoma insolente sus

*puntiagudas orejas y el fantasma del hambre amenaza a millos de millones en esta Tierra. El ideal de Justicia no ha sido alcanzado. Pero a pesar de todo eso, este mundo hubiera sido peor, algo menos inteligente y sabio, más triste y desesperanzado si no contáramos con un acta de nacimiento que reza: “Walter Antillón Montealegre, hijo de Iván Antillón Castro y Alicia Montealegre Carballo- nacido -agrego yo ahora **para la justicia y el derecho**- el 2 de diciembre de 1932”.*



Foto 1: Daniel Gadea, Henning Jensen y Javier Llobet



Foto 2: Henning Jensen y Walter Antillón



Foto 3: José Manuel Arroyo, Walter Antillón y Gustavo Chan

